

Sintiendo a Katia a través de sus grabados



Javier Rui-Wamba Martija
Barcelona, mayo 09

No puedo mirar un grabado de Katia sin verla sonriente. Como cuando yo la conocí, en su estudio de Altafulla, una sabática y soleada mañana de una primavera que ahora cumple seis primaveras, con una sonrisa a la que el tiempo había despojado de toda sombra de ambigüedad o de ironía. Katia sonreía porque, con el tiempo, llegó a ser lo que realmente fue.

No me siento capaz de juzgar su arte, –¿quién puede definir este concepto?–, pero sí quiero, –a través de este espacio que ha puesto la amistad a mi disposición–, compartir esbozos de lo que siento al mirar y recordar su obra.

Katia escogió el grabado para expresarse. Me cuesta imaginarla pintando acuarelas. Supongo que, para ella, tallar con sus manos y herramientas elementales superficies intactas de madera sería como labrar la tierra, creando surcos de vida. Como vida expresaban las arrugas que ennoblecían su rostro. Y tengo para mí que su auténtica obra creativa, aún más que los grabados que nos ha legado, son las planchas talladas primero en duras maderas y con menos esfuerzo y más técnica en las piezas de linóleo que utilizó más adelante. Los grabados son, ciertamente, el fruto multiplicado de su obra de auténtica creación que fueron las planchas que los precedieron. Porque las planchas labradas, tienen una tercera y sutil dimensión que tan sólo pueden simular los grabados. Planchas laboriosamente trabajadas que crean geometrías y se hacen paisajes sin sombras cuando se iluminan frontalmente. O paisajes de auroras y otros crepusculares cuando la luz rasante subraya las sutilezas de sus curvas de nivel. Katia, mientras labraba aquellas superficies de madera, debió recordar el entorno vital de sus primeros y felices años de existencia. Antes de que la tierra se hiciese infierno.

Llegados a este punto querría dedicar unas líneas al tiempo. Al esencial. Mi hermano Miguel Ángel, jesuita, misionero durante muchos años, –entre los más duros–, en el África subsahariana a la que siempre está pensando volver, me contó que algunos lúcidos africanos le decían: “vosotros los europeos tenéis los relojes, pero nosotros tenemos el tiempo”. A Miguel Ángel le hubiese gustado conocer a Katia. Bueno, ahora, ya les he reunido en estas páginas. Y Miguel Ángel le hubiese contado, provocando sus sonrisa, lo que hace poco nos contó en su fugaz visita a Barcelona, acerca de la opinión que tenían en su entorno misionero, –que no es, desde luego, el de la Conferencia Episcopal–, sobre el celibato de los sacerdotes: “nuestros hijos no lo verán” nos dijo que bromeaban entre ellos con un sentido del humor que podría haber sido también el de Katia.



Lo cierto es que el tiempo, que distingue verdaderamente al ser humano del mundo animal, –necesitado sobre todo de espacio–, o del mundo vegetal, –esencialmente dependiente del sol–, no puede ser almacenado. Es bien escaso y perecedero. Con alguna excepción. Cerca de Córdoba, el Ave pasa todavía veloz junto a una despersonalizada nave industrial, a dos aguas, en cuya elemental fachada, se anuncia como “Almacén de piensos”. La primera vez que lo observé, un tanto somnoliente en la placidez de un viaje que no recuerdo si me llevaba o me traía, creí leer que era un “Almacén de pensamientos”. Una insólita biblioteca, pensé, abriendo de par en par los ojos. Y, pensando así, no andaba mal encaminado porque las bibliotecas, almacenando libros, almacenan también un sinfín de pensamientos. Pero, sobre todo, custodian el tiempo que nos han legado quienes han escrito tantas maravillas. Porque los seres humanos, felizmente, no legan tan sólo bienes materiales ni, aún otros, más intangibles. También heredamos el tiempo de los creadores congelado en las obras que nos legan. Y, por eso, ahora viendo o recordando el legado de Katia, con el calor de nuestras miradas, logramos que renazca su presencia entre nosotros. Porque la muerte no acaba con la vida que ha sido auténticamente vivida. Como fue la de Katia. Mujer auténtica, testigo y testimonio de una época. Pocos de sus grabados están titulados y en todo caso con títulos de escasas palabras. Tan sonoras ausencias reivindican silencios que son el expresivo lenguaje de su soledad creativa. Y sus grabados, fruto de planchas cinceladas con sensibilidad y esfuerzo, nos hablan de silencios impuestos que reclaman, esperanzados, el diálogo entre seres humanos sobre una tierra de todos.

En la última frase, del último párrafo, de la hermosa epístola que otra mujer excepcional dictó al emperador Adriano, –“un genio que hablaba latín con acento andaluz”,– éste manifestaba su deseo de entrar en la muerte con los ojos abiertos. Katia, además, fue de las que pasó por la vida con los ojos, a veces entreabiertos para que no fuesen dañados por una realidad hiriente, pero nunca cerrados porque jamás dejaron de mirar y ver cuanto le rodeaba. Una mujer cultivada, sensible e inteligente. Tenaz y con sentido del humor. A la que yo recuerdo feliz, generosa y sencilla que tendría como suyas aquellas sabias palabras del Machado que yace en su cielo de Colliure: “el ojo que ves, no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve”. Cuando miramos tu obra, Katia, nuestros ojos son tus ojos porque nos devuelves la mirada.

No he escogido una obra concreta para justificar este soliloquio que ilustro tan sólo con un fragmento de uno de sus grabados que para mí expresan lo que he tratado de compartir con todos los que hayáis tenido la cortesía de llegar hasta este punto final, que en el recuerdo de Katia, será, en realidad un punto y seguido. Porque nos volveremos a escuchar.